

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## LAS «MEMORIAS» INACABADAS

Las memorias de esperanza que el general de Gaulle pensaba legar a la posteridad no han alcanzado más allá del segundo tomo, subtitulado «El esfuerzo». Ni siquiera ese volumen fue completado por su pluma. La muerte interrumpió su redacción en la noche del 7 de noviembre último. Ahora han visto la luz aquellas cuartillas que se hallaban listas y revisadas para la publicación. No contienen sino un par de capítulos del libro intentado. «El esfuerzo» era la historia del realizado por él, como fundador de la V República, a partir de 1962 para lograr la supervivencia del sistema después de su muerte. El gran conjunto de obstáculos que se levantaban en el camino del régimen nacido del golpe de Estado de 1958 fue vencido en cuatro años de tesonera lucha. De Gaulle tuvo que hacer frente no sólo a un Estado que se deshacía en querrelas tribales, sino también a una guerra colonial en Argelia que no tenía solución militar, sino política; a una campaña terrorista gravísima; a la rebelión de un grupo importante de generales y al escepticismo de una gran parte del país.

En 1962 la mayor parte de estos problemas se hallaban superados en vías de solución. Argelia independiente daba sus primeros pasos. La revuelta militar estaba liquidada. Los terroristas, desarticulados. Las facciones, en pérdida de prestigio y popularidad. El presidente intentó entonces llevar adelante la gran reforma constitucional que a su juicio era básicamente necesaria si se deseaba consolidar la tarea realizada.

¿Cuál era esa modificación decisiva que de Gaulle propugnaba? Nos lo cuenta en la parte más sustanciosa del trunco volumen reciente: hacer del presidente de la República un jefe de Estado elegido directamente por el sufragio universal. Apelar al voto directo del pueblo. Y ungrir de esa manera, democráticamente, al magistrado supremo del sistema durante siete años. Para que luego dimanaran de él los poderes del Gobierno y de la política y no, en cambio, de las mayorías parlamentarias. En el pensamiento gaullista sobre el asunto que ahora aparece con más claridad en este libro póstumo, había una constante aspiración a lograr esa radical modificación desde los lejanos tiempos de la liberación de Francia y del famoso discurso de Bayeux en 1946, en que ya apuntó ese propósito. Había de esperar no obstante dieciocho años para plebiscitar su viejo proyecto. Hasta 1962 y pasado el temporal de Argelia no pudo el general llevar el

## LOS ROBLES QUE SE DERRIBAN

articulado a la consulta nacional. Recuerdo estando yo en París el frente compacto de enemigos a los que tuvo que vencer en la campaña preparatoria. Pedían el voto negativo la izquierda entera, el centro y parte de la derecha, amargada por la independencia argelina. El presidente, usando hábilmente de la televisión, echó todo su prestigio personal en la contienda para inclinar el ánimo de los votantes. Obtuvo el 62 por 100 de sufragios afirmativos. Para él fue —lo dice en sus «Memorias»— el hito que marcó una nueva etapa en la historia institucional de Francia.

Cuenta asimismo algo que efectivamente demostró la etapa preelectoral. Es decir, el profundo recelo que el plebiscito y el referéndum como sistemas de consulta democrática despertaban en muchos sectores de la política francesa. El recuerdo de Napoleón III y de sus frecuentes apelaciones a este tipo de sufragio masivo y unívoco se hallaba todavía presente. De Gaulle lo recoge hablando de las «prevenciones pasionales» que esa idea suscita todavía: «Solamente cuando hayan visto que quien ocupa el poder supremo —alcanzado por otra vía— ejerce la autoridad sin que hubiese dictadura sería el momento propicio de exponer esa reforma al país». La verdad es que, incluso en los instantes de mayor dificultad, el exquisito respeto con que el general quiso observar los principios democráticos de la soberanía nacional fue una constante ejemplar en su conducta pública.

tuvo durante siglos: «Para llegar a ello —escribe— tuvo que usar nada menos que de tres poderosos instrumentos: la herencia, el derecho divino y al absolutismo. En cuanto a los Bonaparte lograron sujetar a la nación, pero a través de la dictadura». Para de Gaulle la única fórmula moderna capaz de mantener unido al país, en República, era elegir libremente al presidente por todos los ciudadanos y para un largo período de siete años. «Al jefe del Estado le incumbe el destino de la nación, es decir, la lejanía y la continuidad.» Al jefe del Gobierno, en cambio, hacer frente a las sacudidas y cuestiones que se plantean cotidianamente a una nación contemporánea.

Alcanzó a ver en vida el ensayo del nuevo sistema aplicado a su continuador, Pompidou. En pocas palabras lo retrata de mano maestra: «Hace frente a los problemas utilizando, según la ocasión, la facultad de comprender y la tendencia a dudar, el talento de exponer y el gusto de callarse, el afán de resolver y el arte de transigir». La fórmula resultó viable y funciona bien al parecer. El cálculo de de Gaulle estaba basado en la intuición profunda sobre el sentido conservador y equilibrado del pueblo francés, en su gran mayoría numérica enemigo de extremos y aventuras.

Se quebró la pluma del gigante cuando redactaba la página 215 de sus «Memorias». Es patético leer un libro interrumpido por la llamada de la muerte. Cayó el general como uno de esos árboles seculares y altivos a quienes el fuego de las tormentas y el huracán desatado no consiguen aniquilar pero que al fin son vencidos por la pesadumbre de los años. André Malraux ha dedicado a su última entrevista con el general, poco antes de su tránsito, un ensayo luminoso y conmovedor. Es un trozo de sus «Antimemorias». La sonora estrofa de Víctor Hugo sobre los robles que se derriban para la hoguera de Hércules sirve de pórtico y de título a la historia del postrer encuentro entre esos dos hombres.

José María DE AREILZA

## EL ASUNTO DE LA BELLEZA

# LAS COSAS Y SU JERARQUIA

CREO que fue el ácido y epigramático Jules Renard quien recomendaba «hablar de un cerdo como de una flor». Su intención era, en el fondo, salvar la «belleza» del cerdo, y el contraste con la flor parece bastante adecuado. Al fin y al cabo, hemos convenido que las flores son «bellas». La comparación, a otros niveles, más bien resultaría favorable al puerco: como objeto económico, en muchos casos, y como material nutritivo, siempre. Quizá un kilo de orquídeas alcance precios gloriosamente superiores a un kilo de jamón, en los mercados urbanos; pero las orquídeas no son comestibles. El asunto de la belleza tiene otros supuestos, claro está. Vivo y obeso, en su pocilga, el animal sabroso no constituye una estampa a la que calificaríamos con palabras sublimes, de esas que reservamos a las flores, por ejemplo. Un caballo joven y elástico, un puma, un perri- to de aguas, una paloma, todavía consiguen entrar en la categoría usual de la «belleza»; la estructura anatómica del cerdo no se presta a tanto. ¿Y por qué no?, se preguntaba Renard. «Todo es bello, o tiene su belleza.» No le faltaba su poco de razón, desde luego. En definitiva, el juicio depende de nuestros ojos. O mejor: de nuestra manera de referirnos a la «cosa». Es muy posible que, si nos pusieramos a hablar del cerdo como de una flor, el apreciado paquí- dermo doméstico quedaría conceptualmente redimido. O casi.

Cuando el hombre empezó a sentirse seguro en su trono de «rey de la Creación», quiso establecer un cierto orden entre las «cosas» que le rodeaban: no un orden físico, de dominio y

de arreglo, porque ello estaba fuera de sus recursos, y en parte sigue estándolo; pero sí un orden estimativo, una jerarquía de preferencias. Lo bueno y lo malo, lo útil y lo nocivo, lo justo y lo injusto, lo bello y lo feo, y otras disyuntivas igualmente acreditadas, eran nociones que nacían de la experiencia concreta, vinculada al uso, al acceso o a la amenaza que brindaban las «cosas.» El abuelo neanderthal, probablemente, todavía no llegó a distinguir lo bello de lo feo: sus condiciones de vida le impedían detenerse a gozar de un nenúfar o de una pue- ta de sol, y proveía su lecho conyugal con la mujer más cercana, sin demasiados remilgos acerca de sus gracias corporales. Si por casualidad cazó un cerdo —y entonces el cerdo aún sería una bestia salvaje, menos bondadosa en posibilidades de suculencia que su descendiente actual—, descubriría en seguida las ventajas alimenticias de la pieza, y eso fue ya una ex- celsa victoria de civilización. La supervivencia de la especie andaba de por medio. Es archi- seguro que la humanidad se aficionó antes al cerdo que al crisantemo o a la azucena. Es lógico. Cabe imaginar que, en una etapa fatal- mente vegetariana, nuestros remotos predece- sores devorarían azucenas con idéntica indife- rencia con que comían acelgas. En todo caso, la flor todavía no era flor.

Con el tiempo, los criterios de valor se multi- plicaron y se complicaron. Y fueron saliendo contradicciones: necesidades de escoger, como mínimo. Hoy estamos sumidos en ese lio ape- nas sin darnos cuenta; pero no damos un paso, no hacemos un gesto, sin que en él no vaya

implícita una elección: no entre lo bueno y lo malo, lo útil y lo nocivo, lo bello y lo feo, y las demás parejas antipodas, sino entre lo justo y lo bello, lo útil y lo bueno, lo bello y lo útil, y así. Por lo general, no acostumbramos a plan- tear la cuestión en tales términos: sobre la marcha, decidimos, y en paz. De todos modos, el problema «teórico», inevitable, permanece en pie. Los pensadores profesionales han intentado buscar soluciones solemnes: algunos, incluso, se han atrevido a sostener que lo bueno, lo bello y lo justo son, en realidad, una misma «cosa». Yo no diré que no, si por «cosa» se entiende el fantasma especulativo que aquellos individuos elaboraban o elaboran. En cuanto a las «cosas» tangibles y consumibles, y en cuanto a las relaciones que de ellas derivan, la iden- tificación no pasa de ser una tentativa irrisoria. El cerdo y la flor, como proponía Jules Renard, constituyen un modelo de incompatibilidad ele- mental. Innumerables «cosas» provechosas no son gratas, y viceversa, y en la mejor de las hipótesis, siempre falta «algo» para que una, la que reúne más virtudes, sea finalmente perfec- ta. Josep Pla solía señalar a la rosa: su perfec- ción consistiría en ser además de lo que ya es, susceptible de servir para comida.

Con el desarrollo de la higiene y la creciente pasión por la salud que se advierte en la so- ciedad contemporánea, la tradicional —aunque confusa— jerarquía entre las «cosas» está su- friendo grandes cambios. La gente tiende a renunciar a lo agradable —a la carne de cerdo, sin ir más lejos— para eludir el riesgo de las grasas, de tal o cual enfermedad, de un enve-

jecimiento prematuro. No hay que engañarse: la mayoría, casi todas las «cosas» agradables son perniciosas, la copa y el plato tentador, el pan y el cigarrillo, esto y aquello. A regañadientes, nos vamos acomodando al ascetismo predicado por los médicos, con una facilidad que nunca logró el de los clérigos: el temor al infarto o a la apoplejía supera al que sugieren las llamas del infierno... Sin embargo, perdura el residuo verbal de «lo bello». Las flores, si vale la insis- tencia. Son, en principio, inocuas: como la pue- ta de sol cromolitografiada, como el adagio de Albinoni, como un cuadro «bonito», como una foto de señorita escultural. El cerdo, desconec- tado de su aplicación gastronómica, ya alarman- te, continúa siendo «feo». Hacia mediados del siglo pasado, un grupo de literatos de este li- toral, residentes en Madrid —Ayguals de Izco, Ribot i Fontserè, Bernat i Baldoví...— publica- ban un papel titulado «La Risa», de carácter periódico: ejercían de «antirománticos» en plena supuración romántica. Uno de sus trucos para regocijar a la clientela de la revista era escri- bir «odas» solemnes a «cosas» tremendamente desprovistas de empaque lírico: la col, el sal- chichón de Vic, la patata, los huevos, las habi- chuelas, el arroz. No «hablaban» de ello como «de una flor». El prejuicio es duro y enconado...

Bueno: Pablo Neruda es la excepción. No co- nozco otra. En sus «pequeñas odas», el chileno «habló de la col como Garcilaso o Góngora «hablaron» de la rosa. Jules Renard habría aproba- do sus versos. La «belleza»...

Joan FUSTER



20 ABRIL

- Plazas limitadas
- Formación eminentemente práctica
- Clases de divulgación

SEMINARIOS DE PROGRAMACION ORDENADORES

bit% esi

CENTRO ESPECIALIZADO EN INFORMATICA

INFORMES Y MATRICULA  
BIT, S. A. - Manifa, 49, bajos (Esq. Capitán Arenas)  
Horario de 9 a 21 h. - Tel. 203 68 50  
SERESCO, S. A. Rda. San Pedro, 33 - Horario de 17 a 21 h.



## SEGURO AUTOMOVIL A PLAZOS

en 12 meses - sin entrada - sin recargo - sin franquicia  
GALLES, tel. 2-22-22-20, Un teléfono... «que suena»

a PARIS

Lineas Internacionales en Autopullman

Lunes, Miércoles, Viernes y Domingos

RENFE - IBERBUS

VERGARA, 2 - Tels 231 08 89 - 222 07 41  
y Agencias de Viaje

Precio: 1.250 Ptas.

¿NO VE VD. BIEN?

Compre sus gafas en

OPTICA CLAMUNT

PINO, 6

Gafa perfecta y económica

muebles metálicos de oficina

SAPRIK

EXPOSICION Y VENTAS  
MORALES, 21  
FABRICA EN HOSPITALET

## PATRONISTA-MODELISTA designer

Seguindo la línea actual de la Moda europea, ESTECNIC le ofrece un nuevo y práctico Curso de Patronista - Modelista (designer) que comprende

TALLAS NORMALIZADAS - TRABAJOS EN CADENA (sincros) - METODOS - TIEMPOS - MOVIMIENTOS

SASTRERIA - MODISTERIA - PRENDAS INTIMAS - MODA JOVEN - CAMISERIA

Información: ESTECNIC  
Avda. Glmo. Franco, 520, 3.º (jto. Tuset)

Lunes a viernes, de 7 a 10 noche  
Tel. 218-26-29 - BARCELONA - 11